

LOS MONJES DE ETIOPIA*

INTRODUCCION

Arnauld d'Abbadie fue uno de los más grandes viajeros del siglo XIX. Como pocos, recorrió y estudió a Etiopía, la antigua cristiandad africana, el mítico reino del Preste Juan. Había nacido en Dublín, Irlanda, en 1815, de familia vasca, originaria de Arrast, cantón de Mauleón, y falleció en Urrugne, cerca de Bayona, en 1893. Con su hermano Antonio (1810-1897), recorrió la Etiopía entre 1838 y 1848. Después, ambos viajeros elaboraron el importante material reunido, recibiendo el reconocimiento de muchas sociedades científicas. Arnauld sólo alcanzó a editar en 1868 un solo tomo de una obra que, a juzgar por los materiales conservados, debía ser voluminosa. Los d'Abbadie habían hecho numerosos apuntes con sus observaciones, copiado antiguos documentos sobre la religión, la historia y el derecho de los pueblos visitados, registrado datos científicos sobre el clima y la naturaleza del país, y sobre las costumbres de sus habitantes. La publicación de la obra de Arnauld, interrumpida después del volumen I, es continuada ahora por J.M. Allier, que edita el material manuscrito, con una introducción, notas y un útil vocabulario. Se reimprime también el primer volumen, con un erudito Prefacio de J. Tubiana.

Al reproducir aquí, en traducción castellana, algunas páginas consagradas a los monjes etíopes, queremos dar a conocer un aspecto muy notable del cristianismo local, que fluye genuinamente de los orígenes y coincide con las manifestaciones que el mismo movimiento monástico adquiere en las diferentes Iglesias. Con su peculiaridad, el monacato etíope es una confirmación de la comunión eclesial existente, a pesar de los siglos de aislamiento, de los desarrollos y de la decadencia.

En el tiempo del viaje de d'Abbadie reinaba en el país una anarquía feudal, que ya era antigua. El cristianismo se había implantado a partir del siglo IV, cuando desde Egipto hasta el Sur se sucedían los reinos cristianos, del mismo modo que en Arabia, desde donde parecen haber llegado los primeros misioneros. Cuando la ruptura con la Iglesia de Constantinopla y el Occidente, a partir de las decisiones de Calcedonia (451), la iglesia egipcia (copta) adhirió oficialmente a las doctrinas más extremas del partido que tomó el nombre de San Cirilo de Alejandría, asumiendo un monofisismo al menos verbal. La Sede alejandrina tomó con el correr del tiempo el control de la cristiandad etíope. El Patriarca copto nombraba a un obispo (Abuna), y lo enviaba al Sur, para gobernar la Iglesia etíope. Los nativos de este país no podían acceder al episcopado. Esta situación de dependencia duró hasta nuestro siglo, y recién después de la Guerra mundial, hace unos 30 años, se obtuvo la elección y consagración de un Patriarca etíope.

* Douze ans de séjour dans la Haute-Éthiopie (Abyssinie). Tomo 2, cap. 20. Le Sahar Merid, p. 235-256. Introduction, édition et notes par Jeanne-Marie Allier. Città del Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana, 1980.

En tantos siglos de cristianismo, la Iglesia etíope desarrolló una liturgia rica y original, acudiendo a símbolos y elementos africanos, constituyó una literatura teológica interesante, transcribió los textos bíblicos (y de los apócrifos), de los Padres y autores eclesidásticos en su lengua, conservando así muchas obras desconocidas ya en los originales. Hay que notar que la literatura monástica está muy bien representada, con colecciones de apotegmas, vidas y escritos de monjes egipcios y de padres etíopes, que demuestran una profunda santidad y una inserción armoniosa en la gran tradición monástica, de la cual son privilegiados continuadores.

Pero los cristianos de Etiopía vivieron siempre aislados y asediados. Después de la invasión árabe, que islamizó todo el valle del Nilo en el siglo VII (y alcanzó a los últimos reductos del Sudán en el siglo XVII), se cortó prácticamente todo vínculo con las Iglesias, conservando solo la tradicional dependencia de Alejandría y la referencia a Jerusalén, la ciudad santa, término de las peregrinaciones. Hubo en los siglos XVI y XVII intentos de penetración por parte de misioneros occidentales, pero que no duraron. Recién en el siglo pasado, expediciones científicas, políticas y militares, abrieron el camino, marcado por la mentalidad colonialista, mientras ingresaban al país los primeros misioneros. Entre los católicos mencionemos al lazarista Justino de Jacobis, canonizado, y al capuchino Guiller mó Massaia, después Cardenal. El último Emperador, Haile Selassie, quien hizo en su largo reinado tanto por el progreso de su país, se preocupó por afirmar igualmente la identidad cristiana, preocupándose por solucionar el conflicto con el Patriarcado copto acerca de la autonomía de la Iglesia etíope, y dedicando inteligentes esfuerzos para mejorar el nivel espiritual e intelectual del clero, y para establecer contactos con las demás Iglesias cristianas. Gracias al Emperador, nuevo Constantino, la Iglesia etíope promovió el restablecimiento de las relaciones fraternas entre las comunidades no calcedonianas y el diálogo con las Iglesias ortodoxas y la Iglesia católica.

Las tristes circunstancias actuales de Etiopía, bajo un régimen duramente marxista, son una nueva prueba que la Iglesia tiene que soportar. A ello se agrega el renovado asedio del Islam, el secular enemigo.

El relato colorido de Arnauld d'Abbadie nos ayudará a conocer una rica tradición, en la cual reconoceremos elementos comunes, brotados de la misma raíz evangélica y orientada hacia la soledad con Cristo en la vida monástica. Y ojalá nos inspire a acompañar con nuestra oración a los hermanos lejanos, para que no desfallezcan en su fe y su testimonio sea como un fermento de vida.

P. Martín de Elizalde, OSB
Monasterio de San Benito
Luján — Argentina

Un día que fui a cazar sin los perros, y estando al acecho en uno de los lugares más desiertos de Sahar Medir, dejé a mis hombres detrás de unos matorrales para seguir el lecho de un torrente que me permitía acercarme, sin ser advertido, a un hermoso antlope, cuando al darme vuelta fui sorprendido al ver un cuerpo humano, casi desnudo, extendido de cara sobre la arena ardiendo. Pensé que habría sido muer-

to por los Ilmormas y me acerqué para examinarlo, cuando de repente, el individuo se incorporó, me miró y huyó a todo lo que le daban las piernas.

Como mis hombres habían visto todo desde su escondite, lo persiguieron y apresaron. El terror le impedía hablar, pero después de haberse repuesto, nos dijo que era religioso y vivía como anacoreta, y que lo habíamos sorprendido mortificando su cuerpo sobre la arena calcinada del torrente. Nos pidió disculpas por haber interrumpido la caza, y agregó que la especie de los antílopes ya era bastante desgraciada con las alarmas que les provocaban los numerosos leones que vagaban por la zona, que el antílope que yo había descubierto lo acompañaba a veces días enteros y que se alegraba de haber sido la causa de su salyación. Se alejó enseguida pidiéndome que fuéramos amigos. Pronto tuve la ocasión de volver a verlo; era un buen religioso, de un espíritu limitado del que pude sacar muy pocas enseñanzas. Pero este encuentro me puso enseguida en contacto con otros religiosos como él, de lo que hube de felicitarle, no sólo por los nuevos aspectos bajo los cuales me hicieron conocer su país, sino por las agradables relaciones que establecimos. En sus íntimas relaciones con sus compatriotas se me revelaron los monjes, haciéndome conocer mejor los móviles ocultos de esta sociedad etiópica sobre la cual es tan difícil, para un extranjero, hacer un juicio exacto, y me hicieron apreciar más aún el verdadero rol del clero, cuya acción fue y es todavía tan importante en la vida de su nación.

A semejanza de todas las comunidades cristianas que no están subordinadas a la autoridad religiosa normal, el clero de Etiopía, sumido en la ignorancia, la presunción y la anarquía, está lejos de producir los frutos que deberían esperarse del celo, del espíritu de renunciamiento y de la perfección cristiana de que, muchos de sus miembros, dan un ejemplo incontestable. Como el instinto nacionales sobre todo guerrero y agrícola, y la forma social, la feudal, la élite y la gran mayoría de la nación se dedica preferentemente a las armas o a la agricultura, y el clero secular sólo puede reclutarse entre los ciudadanos no aptos para estas dos vocaciones que, ciertamente, llevan a los honores y al bienestar. Además, la invasión de esta parte del clero por los legistas que, bajo el nombre de Deberas forman una especie de comunidad de clérigos que dependen de una corte de justicia y se inmiscuyen en las controversias religiosas que ellos contribuyen a mantener, paraliza con frecuencia la influencia sacerdotal propiamente dicha y aleja así de esta carrera a los hombres valiosos. El clero se recluta, principalmente, dentro de las familias sacerdotales, hoy decadentes, y algunas veces entre los hombres de las clases inferiores, incapaces de labrarse una posición. Los sacerdotes más instruidos y más inquietos, son por la mayor parte, antiguos clérigos que se han hecho ordenar en vista de alguna prebenda o de algún beneficio. Pero desgraciadamente su conducta a menudo no está de acuerdo con el carácter de su misión.

En cuanto al clero regular, se recluta en todas las clases, pero más que nada entre los hombres de las clases superiores, que siendo a la vez los más inteligentes y los más favorecidos por la suerte, son también los mejor dispuestos a desprenderse de todo aquello que mantiene el interés por la vida. Los indígenas dicen que el número de religiosos ha aumentado mucho desde que los frecuentes conflictos políticos les recuerdan que todo en este mundo es precario, y que la única fortaleza inexpugnable está más allá. Sea lo que fuere, el número de individuos de los dos sexos que entran en religión es muy grande. Se los ve por todas partes, cubiertos de andrajos, con frecuencia sordidos, en las ciudades, en las aldeas, en los campos, en los caminos, en las cortes de los príncipes, cerca de los grandes señores, en los

mercados, en lugares de peregrinación, en las reuniones fúnebres como en las fiestas, en los desiertos y hasta en los campos de batalla adonde acuden con diligencia para cuidar de los heridos.

Etiopía ha tenido sus fundadores de órdenes, pero la disciplina y las tradiciones de sus institutos se relajaron o se perdieron por efecto de la anarquía dentro de su Iglesia. Sus sucesores ya no están más divididos como en Europa, en órdenes diferenciadas por la regla y las costumbres. La entrada en religión se realiza sin solemnidad y casi siempre misteriosamente: un penitente confía su deseo de tomar el hábito a su director espiritual o a un sacerdote conocido suyo, y sin noviciado y algunas veces sin haber sido probado, éste le hace afeitar la cabeza, le pone una capucha bendecida en tela blanca que, para los dos sexos, es la señal exterior del estado religioso. Este poder confiado a los sacerdotes de cambiar sin testigos el estado civil de un ciudadano y, por otra parte, la facultad de que goza aquél de sustraerse a las dificultades y a las cargas de la sociedad en la que se vive, parece haber engendrado muchos abusos; pero es muy raro que un eclesiástico autorice a un fiel a librarse, de esta manera, del cumplimiento de sus deberes respecto de su familia o sus conciudadanos. La ley no prevé nada contra tales abusos, pero basta la opinión pública para evitarlos. Entiendo por opinión la de la gente de bien, cuyos juicios responden al sentimiento de verdad y justicia que existe en el fondo de toda conciencia y que, inspirado por el respeto al pasado, representado por el código de costumbres, conserva todavía en Etiopía, en la mayor parte de los casos, la dirección de las costumbres y de los negocios y hace pensar que, a pesar de la anarquía de todos los poderes, el país puede continuar rigiéndose con una cierta regularidad. La anarquía es gubernamental y política, pero de ningún modo social, y aunque reina desde hace varias generaciones el poder absoluto, no ha podido establecerse de una manera durable puesto que los antiguos usos y costumbres están aún muy arraigados. El régimen de estos usos y costumbres corresponde al de la "common law" de los ingleses. Esta legislación no escrita, que es a la vez legislación y jurisprudencia, consiste en los actos judiciales dictados por el buen sentido y la conciencia pública, de las costumbres y conforme a un sentido tradicional.

De esta intervención permanente de la opinión pública en la distribución de la justicia, resulta entre otras ventajas, que son pocos los indígenas que ignoran sus deberes y sus derechos. La ley escrita (Fatha nagast) que las partes siempre tienen la facultad de invocar y cuyo depósito está confiado a la guardia de clérigos legistas, de los cuatro Likaontes y de sus cuatro asesores, consiste en la compilación de Institutos, de los Pandectas y de una Sanción Pragmática compuesta de diversos edictos y ordenanzas del Bajo Imperio. Pero antes de transmitir las a los etíopes, los coptos las habían alterado para consagrar la ortodoxia de su Iglesia y asegurar la supremacía de la sede de Alejandría sobre toda Etiopía.

Las causas principales de esta notable vitalidad de la costumbre, parece proceder de que la obediencia que le prestan los ciudadanos es voluntaria y que en toda ocasión ellas se vigorizan, de alguna manera, por su aceptación espontánea, que permanecen a su disposición y forman su dominio, a la vez nacional e individual, puesto que cada uno puede ser llamado a invocarlas como juez o como parte; son impersonales, pues no son la obra especial de ningún hombre, de ningún partido, de ningún sistema; su responsabilidad y su guarda incumben a todos, y a la vez, ellas son omnipresentes e inasibles. Así también, el asentimiento y aún el concurso general les son necesarios para vivir, contrariamente a las leyes positivas que, lejos de estar a discreción de los ciudadanos, son superiores a ellos, erigidas por una voluntad

absoluta, forman un dominio particular y constituyen una ciencia cuya interpretación y guarda pertenecen a una clase distinta que puede imponerlas, según un sistema definido, proclamando su origen y presentando una forma de personalidad que despierta contradicciones, pasiones malévolas, o al menos, da pretexto a los críticos que contribuyen fácilmente a su descrédito, erigiéndose en reglas absolutas en medio de acontecimientos perpetuamente cambiantes.

Antiguamente en Etiopía, el religioso se sujetaba con frecuencia a la vida cenobítica; se alejaba de su familia y era considerado, en algunos casos, un muerto civil. Al emitir sus votos debía manifestar su voluntad testamentaria, que entraba en vigor desde ese momento: sus bienes inmuebles pasaban a sus herederos, a quienes, sin embargo, les quedaba la obligación de subvenir eventualmente a su mantenimiento. Pero estas disposiciones fueron cayendo en desuso, pues los religiosos ya no guardaban más la reclusión y era frecuente verlos vivir en el siglo en pleno goce de sus derechos civiles. Su voto de obediencia, hoy quedó sin efecto. ¿A quién iban a obedecer? El de pobreza, fue dejado a discreción de cada uno; sólo el tercero, en general, se respeta gracias a la vigilancia de la opinión pública.

En las provincias, sobre todo las del sur, muchos hombres y mujeres al llegar a cierta edad, toman el hábito religioso y continúan viviendo en medio de su familia, sujetándose, sin embargo, a ciertas prácticas de devoción y la observancia de una moral un poco más estricta que la del común de la gente. En ciertas épocas del año, como recuerdo de la vida en comunidad, se reúnen con los religiosos que viven en las cercanías y hacen una especie de ágape a expensas comunes, en honor de tal o cual santo, y la comida termina, ordinariamente, con excesivas libaciones que acaban con el poco buen sentido que les queda. Algunas veces, ya entrados en años, con el fin de prepararse mejor para la otra vida, marido y mujer o concubinos, se entregan al estado religioso: con la capucha bendecida, continúan viviendo bajo el mismo techo, obedeciendo a ciertas restricciones indispensables y contentándose con practicar un poco mejor que en el pasado los preceptos evangélicos. Si uno de los cónyuges rehúsa hacer los votos, el otro tiene el recurso de pedir el divorcio que, en este caso, jamás se niega. También pueden verse a religiosos indignos de este nombre, una especie de iluminados, reunidos bajo distintas denominaciones, cuya conducta es un escándalo para los hombres advertidos.

Los más notables, están, por decirlo así, impulsados por un espíritu a quien ellos llaman Guior, o por el llamado Abel, o por el que dicen Zera. Engañando a los ignorantes por el parecido de sus nombres con nombres respetables, los primeros se designan bajo el nombre de *Guiorguis ténégari* (inspirado en Jorge o San Jorge), y los otros, *Abuna Abel ténégari*, y *Abuna Zerabruk ténégari* (inspirados en Abuna Abel o Abuna Zerabruk, dos Abunas beatificados por la tradición). Estos sectarios, la mayoría teomancianos¹ renuevan las inmorales extravagancias de los circunceliones², y de los donatistas². Son objetos del desprecio de la gente sensata y según la costumbre, no tienen ni siquiera derecho a la sepultura en tierra cristiana. Otros se reúnen bajo la dirección y deducen, según sus propias luces o fantasía, apotegmas y preceptos de vida a veces extravagantes. Entre estos sectarios surgen los giromantes³, y los fatuarios⁴ que recorren la campiña explo-

1. *Teomancianos*: que profetiza por inspiración divina (griego).

2. *Circunceliones y donatistas*: cristianos herejes de Africa del Norte (IV siglo).

3. *Giromantes*: que practica la adivinación girando sobre sí mismo.

4. *Fatuarios*: visionario que se creía inspirado y que anunciaba el porvenir.

tando los espíritus débiles y la parte más ignorante de la población. Algunos provocan sus éxtasis infligiéndose golpes y heridas hasta hacer correr su sangre abundantemente; en fin se entregan a divagaciones sin nombre que engendran una religión sin control y sin gufa. Muchos de estos desdichados, no se atreven a llevar la capucha bendecida, puesto que los religiosos sinceros, llevados de indignación, se la arrancan públicamente.

Otros religiosos, a fin de sustraerse a la consideración propia de su hábito, conservan el vestido secular, así como su cabellera, cuidan su vestimenta y su persona, y por la noche se aplican el cilicio, duermen sobre ceniza o se sumergen horas enteras en alguna corriente de agua, y después de haberse entregado a varias clases de mortificaciones, algunas veces exageradas, desde que empieza el día, se dedican a los asuntos mundanos. Algunos, después de haber desafiado así a las tentaciones, sucumben a ellas, otros van a parar a las tebaidas.

Lo mismo que en la antigua Judea, se ve a las madres consagrar a sus hijos hasta la edad de la pubertad a la observancia de ciertas prácticas religiosas y a algunas prohibiciones, como tocar a un muerto, beber hidromiel, o afeitarse la cabeza; esto lo diferencia de sus contemporáneos, pues hay que recordar que los etíopes se enorgullecen de sus cabelleras y para hacerla más abundante, se la afeitan a menudo hasta la edad de 20 años, más o menos. Como en Judea, se les llama Nazarenos a los niños que han sido objeto de votos parecidos. Algunos, llegados al uso de razón, renuevan esos votos en su nombre propio y, en general, por un tiempo determinado.

La mayoría de los religiosos son mendigos. Aún los que no padecen necesidad mendigan de tanto en tanto por espíritu de humildad, y distribuyen entre los pobres las limosnas que recogen. Los *Dedjazmatchs* y las familias pudientes acuden a las necesidades de los religiosos de los dos sexos que vagan por los campos y las ciudades. Conceden a una religiosa un puesto de confianza como niñera o como ama de llaves, ecónoma o jefa de cocina o de los panaderos. En la ciudad, muchos de los porteros de las casas son ancianos religiosos. Pero los que llegan a agregarse a una familia, lo mismo que los que viven en ciudades o con sus parientes o amigos, en general no obtienen sino una escasa consideración y se exponen a las burlas de todos. Ellos afluyen a los ágapes, a las comidas de bodas y a los festines funerarios; beben con exceso, inician alguna discusión teológica, y como en general son perfectamente ignorantes de lo que discuten, no tardan en pelearse pasando a las injurias tratándose de ignorantes y herejes; si entre ellos hay algunos sacerdotes se excomulgan recíprocamente, arrancándose sus turbantes y sus capuchas y se propinan fuertes golpes de muletas y bastones, a veces hasta hacer correr la sangre, y al día siguiente, avergonzados, se someten a la justicia. Estos golpes escandalosos, estas francachelas tan poco compatibles con el hábito religioso, mueven a risa a los asistentes quienes, sin embargo, tienen el buen sentido de saber que si bien hay sacerdotes y religiosos que se conducen de esa manera, hay otros cuya noble conducta los salva de semejantes excesos.

Los que toman en serio su vocación, se despojan, al hacer sus votos, de todo lo que poseen, alejándose de aquellos que habiéndolos conocido puedan herir su humildad revelando sus títulos al mundo, y viven desconocidos en alguna provincia alejada. Pasan ordinariamente dos o tres años estudiando teología, lo que les obliga a vivir en las ciudades cerca de los profesores. Pero no se los ve en ningún lugar de reunión, ni siquiera en la iglesia donde por la noche hacen sus devociones.

Mendigan su subsistencia y dan a los pobres lo que no les resulta estrictamente necesario para vivir. Cuando han adquirido algunos conocimientos de historia y liturgia, van en peregrinación a los santuarios más renombrados de Etiopía y concluyen algunas veces en Jerusalén. Muchos mueren en esta última peregrinación a causa de la miseria, de la intemperie, de los malos tratos que les dan los Musulmanes, y en fin, a consecuencia de accidentes en el mar que son tan frecuentes en el viaje hasta Suez. Estos religiosos son muy interesantes de conocer, pero los más respetables, o los más solicitados, son los que con menos facilidad entran en relación con un extranjero.

Hay quienes eligen su morada en un lugar escondido cerca de un cementerio, o adosado a alguna iglesia de campaña y allí viven por años, aislados y reclusos. Lo mismo que nuestros reclusos de la Edad Media, algunos llegan hasta hacer cerrar la entrada de su reducto, reservándose para comunicarse con el mundo un estrecho tragaluz a través del cual reciben el alimento que quieran darles.

Muchos de estos reclusos adquieren gran influencia por los consejos que sus compatriotas de todas las clases sociales van a pedirles. Entre ellos se reclutan también los anacoretas que, a pesar de su denominación relativamente restringida, desde el fondo de sus tebaidas, donde viven ignorados y muy a menudo personalmente desconocidos, ejercen sobre la nación entera la influencia más decisiva y quizás la más feliz.

Después de haber llegado a los principales lugares de peregrinación se dirigen a algún convento del Gojam, de Ambara, de Idju, de Waldubba, de Wolkaite, de Armatcholo, del Tagadé o de Kuara, lugar que los anacoretas prefieren; algunas veces se detienen cerca de tal o cual Padre para inspirarse en sus consejos; muchos se quedan definitivamente, otros, más exaltados o más audaces, se aventuran en la soledad y eligen el lugar que les parece más conveniente para pedir a Dios por el progreso de sus almas. Hay quienes pasan así, en la oración y la contemplación, tres, cuatro, cinco y aún más de veinte años, solos, sin otros vecinos que el elefante, el rinoceronte, el búfalo, la boa, la pantera, el leopardo o el león, sobre los cuales muchos les atribuyen una autoridad proporcionada a la santidad que hayan adquirido. Por otra parte, se explica que ellos puedan vivir así, al descubierto e impunemente, en medio de animales feroces, considerando que es raro que los animales peligrosos, aún los carnívoros, para los que el hombre es una presa muy codiciada, lo ataquen cuando no se les manifiesta ni hostilidad ni miedo.

Y es comprensible que el solitario que suspende por un instante sus profundas meditaciones para volver hacia semejantes interruptores, está en las mejores condiciones para impresionarlos con el respeto que el hombre, en su majestad, impone a las criaturas inferiores. La vista de algunos de estos ascetas es como un conocimiento anticipado del resplandor del cual es susceptible la fisonomía del hombre: el espectáculo continuo de la naturaleza, las sanas y misteriosas voces que de ella se desprenden para los que libres de las interrupciones, muchas veces vanas, de sus semejantes, se acostumbran a considerarla bajo su aspecto más noble, la fuerza que el silencio comunica a sus pensamientos, y, en fin, la tensión continua de su voluntad hacia el ideal cristiano, conceden a su lenguaje, una lucidez, un perfume, un maravilloso ascendiente y es fácil que la fisonomía tome una expresión que participe de las esferas superiores donde habitualmente se mueve su pensamiento. Algunos parecen haber recobrado, en parte, esta seguridad majestuosa y primitiva del hombre que se mueve fuera del alcance del mal, y es comprensible que bajo el impe-

rio del respeto y de la admiración que inspiran, se crea ver flotar alrededor de sus figuras serenas, algo así como el fulgor de una aureola.

Los anacoretas se alimentan de hierbas, de raíces o de bayas salvajes. De tanto en tanto, los labradores o los pastores de las aldeas vecinas les ofrecen algunos alimentos que colocan en un lugar a la vista, esperando que el solitario lo descubra; los cazadores de elefantes y en el Gojam, los Keutles, que son los únicos que siempre saben dónde encontrarlos, les dejan, algunas veces, una porción de lo que llevan, y cuando los Ilmormas que vagan para sorprender y masacrar a los Gojamitas, descubren a estos Padres del desierto como ellos los llaman, no sólo los perdonan sino a menudó, con la esperanza de aprovechar una feliz ocasión, se privan de una parte de sus magras provisiones que llevan en su cintura, para regalárselas.

Pero de los daños que amenazan a los ascetas, los externos son los menores. Sobreexcitados por ayunos y maceraciones exageradas, algunos de los monjes sucumben a alucinaciones de un misticismo extraño por efecto de la soledad y de la obsesión de su pensamiento: se pierden en el iluminismo, y por sus visiones insensatas o aún por sus imposturas, extravían a muchos fieles y terminan, después de muchos años de reputación impecable, desacreditándose a los ojos de la gente sensata. Otros, bastante numerosos, superan estos escollos y llevan una vida útil y ejemplar. Difícilmente aceptan intervenir respondiendo a las sollicitaciones que se les hacen en asuntos del siglo, pero cuando lo hacen, es tal la clarividencia de la que muchas veces han dado prueba, que demuestran que los hombres que, como algunos de ellos, se han librado de toda preocupación terrena, pueden adquirir a veces ese resplandor interior, suficiente para iluminar, al menos por un tiempo, algún aspecto del porvenir.

A pesar de mi desconfianza en esta materia, hebe de reconocer más de una vez la exactitud de sus previsiones, a las que ni el encadenamiento lógico de ideas ni aún probabilidad alguna, ha podido conducirlos. Lejos de enorgullecerse de sus profecías, sufren cuando se hace referencia a ellas y se defienden por haber recibido este don: "Plugo a Dios —dicen— aclarar mi juicio en esta circunstancia, y no sabría decir por qué medios". Algunos adquieren una gran reputación de santidad y prudencia: príncipes, mercaderes, señores y campesinos les envían sus protestas de piedad filial y les solicitan sus consejos, porque aunque viven en el desierto, están al corriente de todo lo que inquieta e interesa a sus compatriotas. No es raro que antes de haberse retirado del mundo, hayan desempeñado puestos importantes, y muchos nombres que resonaron por largo tiempo, en festines y combates, se perdieron en la soledad bajo un nombre religioso. Cuando les parece que su presencia puede ser útil, reaparecen con mansedumbre y recogimiento en medio de los hombres, y, antes de retornar a su desierto, muy a menudo previenen o evitan una guerra, reconcilian a rivales, restauran el buen entendimiento en una familia o en todo un distrito, o restablecen, en cierto modo, y por algún tiempo, el ascendiente del bien.

El Gojam debe en parte su fama de ser la provincia donde la fe cristiana se ha mantenido más viva, a que las soledades en los límites de la Abbaia, que, como es sabido, rodean su meseta con el Damote y el Agaw Medir, sirven de retiro a un gran número de anacoretas...

... En el capítulo relativo a las vestimentas de los indígenas, se ha visto la descripción de la de los sacerdotes: el vestido del clero regular difiere muy poco de la de ellos, variando en sus detalles según el grado de austeridad, de despojamiento y aún del capricho de cada uno. Una toga común, con largas rayas; un calzón amplio que llega a media pierna, sujeto por una estrecha banda de tela que se envuelve alrededor de la cintura; una túnica que desciende hasta el tobillo, mangas largas sin puños y una esclavina muy estrecha que cae en dos puntas hasta la cintura, constituye la vestimenta común de los religiosos. Algunos llevan por encima de la toga, una *poenula* hecha de piel o de paño. Lo mismo que los sacerdotes, no deben agregar a sus cordones de cristianos ningún amuleto o *periapto*. Muchos los reemplazan por filacterias o *volumens* que contienen fórmulas de oraciones. Se dejan crecer la barba, se afeitan el cabello con frecuencia, y rodean su solideo bendecido con un turbante o de un trozo de tela de más o menos un metro y medio de largo que forma un tocado idéntico al de la esfinge egipcia, o también dispuesto en forma de cuernos huecos sobre las sienes y cuyos extremos flotan sobre la espalda. Este tipo de peinado está representado en los jeroglíficos curiológicos egipcios. Algunos religiosos hacen teñir su túnica, su toga o su turbante de amarillo.

Los que hacen profesión de austeridad tienen por todo vestido un taparrabo estrecho de piel, que les llega hasta las rodillas y un pequeño *pallium* o *abolla*, especie de capa en lana clara y áspera; o también reemplazan este último vestido por una suerte de *poenula* o sotana en piel. Esta vestidura da un calor incómodo durante el día y se vuelve de un frío penoso durante la noche. Cuando viven en el monasterio o en la soledad, no usan, por lo general, sino un taparrabo y una capa de piel de cordero, o como algunos filósofos griegos, solamente una *abolla*. Muchos llevan un cilicio de hierro que ocultan a todos cuidadosamente.

Los religiosos que se ven en las ciudades, llevan en las manos un pequeño rosario y un matamoscas hecho con crin de caballo teñido de rojo o una cruz de madera toscamente tallada; otros, fijan esta cruz en el frente de su capucha. Cuando están de viaje, llevan por lo general, los salmos de David en un estuche suspendido del cuello y algunos agregan un pequeño recipiente en bronce en forma de ampolla para llevar el agua bendita.

En la mano sostienen un bastón, especie de cayado que en la parte superior se cruza con un travesaño de madera que les sirve para apoyarse a guisa de muleta durante las largas oraciones que recitan de pie.

La mayoría usa sandalias: el estado de debilidad, sus largos ayunos y su edad, lo hacen necesario. Algunos se mantienen muy limpios, pero en general están vestidos de harapos (esto como mortificación), pues viven en una negligencia y una suciedad repugnantes.

A consecuencia del desarrollo de la autoridad civil y eclesiástica, y gracias al favor que todos acuerdan a los religiosos que, no poseyendo nada, no despiertan la codicia de nadie, su clase es la más independiente, la más considerada y en muchos aspectos, la más feliz de la nación. Aquellos que viven en medio de la población sin regla y en la ociosidad, actuando a tontas y a locas y metiéndose en todo, perjudican a la religión más que otra cosa. Por eso están expuestos a las burlas que, sin embargo, no llegan a ser injustas pues los que las hacen, tienen suficiente buen sentido para no dirigir las hacia la clase que representan.

Ellos saben que detrás de estos religiosos que rebajan la religión con sus ejemplos o la explotan en algún sentido equívoco, se encuentra un gran número de hom-

brés sinceros que, por su espíritu de caridad, su desinterés, sus luces e influencia bienhechora, practican ese tipo de virtudes que, aún a los pueblos decadentes les gusta tener ante sus ojos aunque más no sea como necesidad instintiva del ideal, y la religión nacional se mantiene todavía a pesar de tantas cosas que favorecen su destrucción. El clero secular sufre las consecuencias del desorden que reina en el clero regular, su censor natural, su émulo y su modelo. Los sacerdotes no son más que ignorantes, salvo algunas excepciones, al servicio de un culto alterado, y sin ninguna duda no hubieran frenado la decadencia de la nación sin las advertencias frecuentes y a menudo resonantes, que les hacen llegar los anacoretas que tienen en sus manos el destino moral y religioso de la nación.

No existió ningún personaje que haya podido prescindir de algunos de estos austeros y misteriosos habitantes de las soledades, cuya influencia escapa fácilmente a la apreciación del extranjero.

Después de una estadía prolongada y de haber adquirido conocimiento del idioma, me puse al corriente de las costumbres y hábitos del país, reconociendo que en la mayor parte de las familias se estaba a la escucha de los consejos y avisos de algún ermitaño. Cuando la participación que se me daba en los consejos de los Dedjazmatchs, Gouscho y Birro, hacía suponer que yo estaba destinado a alguna posición encumbrada, mis relaciones con los ambiciosos y los hombres poderosos llegaron a ser más serias e íntimas, los recursos que empleaban para triunfar se me aparecieron claramente y pude constatar a menudo cuanta atención ponían para ganarse la influencia de los religiosos solitarios.

Al llegar al país, el extranjero es sorprendido, sobre todo, por el relajamiento de la moral privada y pública. Como en toda nación anárquica, los héroes de las rapiñas permanecen impunes, la gente de mal vivir, siendo los más inquietos y los más hábiles en exhibirse, atraen la atención del público; de esto se deduce que el país está degradado y que de cristiano no tiene más que el nombre. Pero si se prosigue el examen, se descubrirá en los ejércitos, en el campo, en las mismas ciudades y en todas las condiciones, a las gentes de bien que, aunque relegadas, no son menos necesarias en la economía de toda sociedad de la cual son los pilares.

Yo he tratado a muchas personas inicuas pero también he sido feliz al encontrar en todos los niveles, principalmente en el ejército donde viví mucho tiempo, a gente que podría ser modelo en los países más orgullosos de su respeto por la moral; pero fue en medio de los religiosos anacoretas a quienes tuve el privilegio de conocer, donde hallé los más bellos ejemplos de lo que la regla cristiana, aún alterada, puede hacer del hombre:

Según se ha visto, los etíopes eligen los lugares más altos para edificar sus iglesias. Las rodean de cedros y de árboles de follaje siempre verde que se distinguen desde lejos y dan sombra a sus cementerios.

A la apacible jerarquía social respetada en su autoridad secular, ha sucedido una jerarquía borrascosa trastornada por el acceso de nuevos titulares que aparecen y pasan con la rapidez de un relámpago. Comprometidos en alarmas y en luchas continuas, vuelven sus ojos hacia estos bosques sagrados, último recurso en sus momentos de lasitud y último asilo cuando caen. Cuando huyen vencidos para esconderse, los religiosos y los sacerdotes, últimos guardianes del país, salen de sus monasterios, de su soledad y de sus santuarios para transformarse en mediadores entre los vencedores y los vencidos; reciben las personas y los bienes de los débiles y después de ha-

ber ejercido infructuosamente su derecho a la exhortación con respecto al perseguidor, lanzan contra él rayos y centellas.

Como todo lo que emana de la violencia, el espíritu de la soldadesca es inconsistente y transitorio; el del clero que todavía se inspira en algunas reglas fijas, permanece consecuente y conservador. Aislada en medio de razas paganas, vecinas del foco ardiente del Islamismo y objeto particular de su odio, lo mismo que la mujer etíope, que a pesar de sus debilidades y del estado de desmantelamiento de la familia, permanece todavía como madre y como último y más poderoso lazo, la Iglesia etíope a semejanza del niño perdido de la Cristiandad, también se levanta, aunque desgarrada por las herejías, como madre que alimenta y guarda a su pueblo.

Etiopía vive suspendida entre un pasado que se borra rápidamente y un porvenir que no puede dirigir. Como las razas que todavía tienen cierta vitalidad, los etíopes se han refugiado en la guerra, y como veteranos saben cuan accidentado, tortuoso e incierto es el camino de las armas, en el que el hombre con frecuencia, es el instrumento apasionado, pero ignorante, de los designios de la Providencia.

Su edificio imperial, cuyos pies se esconden en el polvo de los siglos, ha conducido la existencia de su pueblo hasta el umbral de los tiempos actuales sin haber sido mencionado sino apenas brevemente y de tanto en tanto, en medio del estrépito histórico de todos estos imperios que se yerguen en el mundo y se derrumban, sucesivamente.

Su pueblo añora todavía sus viejas instituciones, cuyo restablecimiento cree que les traerá bienestar. Surgirán otras, sin duda, pero sea cual fuere su naturaleza, puede predecirse que no les faltará la forma cristiana y cuando venga el fin de los tiempos, Etiopía habrá dado el espectáculo del pueblo que habrá sufrido más heroicamente, y por más tiempo, por la defensa de su fe.

Las clases inferiores, sobre todo, conservan muchos relatos que se refieren a los monjes de las tebaidas. Según ellos, tal solitario se servía de un león como montura; tal otro, habría penetrado en el lenguaje de los animales y de los pájaros a semejanza del rey Salomón y conversaba familiarmente con ellos; otro, pasaba su vida con un elefante; algunos eran de una santidad tan grande que la tierra se negaba, respetuosamente a sostenerlos y caminaban en el aire a una altura mayor a la de dos hombres juntos. Otro, advertido sobrenaturalmente que a varios días de distancia de donde él estaba, un cristiano con el cual estaba en comunión de corazón y oraciones, entraba en la agonía, habría cabalgado por los aires sobre una rama y en menos de una hora habría llegado a su cabecera. En fin, la fantasía de los indígenas competía imaginando estos sucesos.

Uno de mis íntimos amigos, hombre inteligente, instruido y valioso, se retiró al desierto. Después de haberse detenido por un tiempo con algunos anacoretas, llegó a un monasterio para pedir consejo a un famoso religioso. Después de encontrar su cabaña vacía y haber esperado largo tiempo, llegaron dos monjes, al caer el día, agotados por la fatiga. Saludaron y avivaron silenciosamente el fuego del hogar, ubicado como de costumbre en medio de la choza y luego, después de haber invitado a mi amigo con un gesto para que se aproximara, se dispusieron a dormir. Este, estaba orando todavía, cuando un aliento jadeante le hizo volver la cabeza hacia la entrada, y vio dos grandes panteras indecisas, con la boca medio abierta y al acecho. Después de haber examinado cuidadosamente el interior, se echaron cerca del fuego como dos gatos monstruosos y permanecieron allí largo tiempo, con las

orejas bajas, calentándose perezosamente; a ratos cuando se oía algún ruido afuera, volvían la cabeza vivamente y luego miraban con mirada paternal a los dos durmientes y a mi amigo. Después de mucho tiempo, se levantaron, por fin, estiraron sus patas y salieron bruscamente, atropellándose al pasar por la entrada angosta.

Mi amigo me aseguró que en su vida había experimentado una emoción parecida y que se había encomendado con fervor a San Jorge. Las fieras lo habían rozado algunas veces con sus movimientos felinos, y le habían sacudido la cara con las colas. Despertó a los durmientes y les contó el peligro que habían corrido y uno de ellos le contestó que, efectivamente las panteras venían a menudo a calentarse cerca del Padre. Al salir el sol, mi amigo se fue. "Deben haberme tomado —decía riendo— por algún santo hombre, sin lo cual, les hubiera servido de cena".

Cuando llegué a Sahar Medir, este desgraciado lugar estaba habitado más por animales salvajes que por hombres, sin embargo, los cabrerizos todavía conducían sus rebaños a los pastos y podían dormir impunemente; por las tardes, no faltaba alguna fiera que regresaba, y los animales carnívoros pululaban sin ser molestados por los habitantes que, por otra parte, no les tendían ninguna trampa, contentándose con espantarlos para que se fueran, cuando su presencia les inquietaba demasiado durante sus trabajos en la tierra. Esta armonía se atribuye a los santos anacoretas. Ymer Sahalou, aunque muy religioso, no tenía a menos estos relatos disparatados. "No tienen nada contrario al espíritu cristiano, —decía— y satisfacen la imaginación de nuestros campesinos".

Un día, yendo de caza, yo atravesaba una zona desierta y de aspecto siniestro que caía a plomo desde la Abbaia, cuando un campesino que se había unido a nosotros me señaló a media altura de un precipicio, una pequeña plataforma y en el medio un árbol florecido al pie del cual surgía agua, agregé, de una virtud particular. "En este lugar peligroso", me dijo, "y en tiempo de mi padre, un religioso vino del país de Amhara, se hizo construir una choza donde vivió solo durante muchos años, respetado por todo el país. Un día, tres Ilmormas se deslizaron en el lugar y después de haber muerto a algunos de los nuestros, regresaron durante la noche; entonces advirtieron de lejos el fuego, al lado del cual el anacoreta velaba según su costumbre. Ellos creyeron que era el retiro de algún pastor y se dirigieron a él con la esperanza de aumentar el número de sus víctimas, pero una vez que llegaron al precipicio y se dieron cuenta que no podían trepar, llamaron; apareció el anacoreta y en él reconocieron a aquel de quien todos hablaban".

"Los Ilmormas descansaron al pie del precipicio, y uno de ellos preguntó al asceta por qué vivía en la soledad y el despojamiento:

— Para encontrar a Dios.

— Enséñame los medios que usas —dijo el incrédulo— también yo quiero encontrarlo.

— Despójate de todo, como yo, y ora —le dijo el anacoreta— y El te responderá.

"Los Ilmormas reunieron lo que les quedó de provisiones sobre una piedra y llamando la atención del religioso, le desearon una aurora propicia y desaparecieron por un sendero."

"Pero pronto el cuestionador volvió solo y pidió al Padre que lo recibiera pa-

ra buscar a Dios junto con él. Este, sospechando que se trataba de una trampa, lo hizo esperar hasta que se hizo de día; entonces, pudo ver un hombre joven y osado; su jabalina estaba torcida y de su escudo pendía un despojo humano. Para probar su paciencia, lo hizo esperar allí días enteros. En fin, vencido por su constancia, le propuso dejar sus armas de muerte, todas empapadas en sangre, y cuando el Ilmorma las arrojó lejos de sí, le ayudó a trepar por la plataforma. Le confirió el bautismo, le enseñó que el Hijo de María había venido al mundo para salvarnos y que por la muerte iremos a El, y el neófito se mostró gozoso al oírlo. A la hora de la puesta del sol, el padre le acercó un poco de cereal cocido y una escudilla de agua y lo invitó a romper el ayuno con él."

"—¿Y esto es sólo lo que Dios te envía?" dijo el Ilmorma. "Mucho más me ha dado a mí, del otro lado del río; yo tenía una bella casa rodeada de ganado, una hermosa mujer que preparaba comidas apetitosas y que, cada noche perfumaba mi lecho con hierbas aromáticas. Desde que la dejé, vela noche y día en nuestro hogar, entibiando agua para lavarme los pies a mi regreso. Ella envió grano de regalo a las adivinas que predijeron mis éxitos. Amasó la grasa con aromas para ungir mi cabellera deshecha y polvorienta; está alerta, esperando que yo aparezca cantando desde lejos la canción del guerrero victorioso. Pero vio que mis compañeros regresaban sin mí, y ahora llora amargamente. Pero no a estos dones; sino a Dios mismo es que he venido a buscar contigo. No quiero alimentarme sino de El."

"Siete días y siete noches permaneció en contemplación, desdénando el hambre, la sed y el sueño; cada aurora parecía añadir un rayo más a sus rasgos, el viejo asceta lo miraba con admiración. Al alba del noveno día, se levantó un fuerte viento que soplaba como una armonía, y un arco iris vino a reclinarse sobre la plataforma delante del Ilmorma que fue como atraído lentamente, hasta que el asceta lo vio sentado resplandeciente de gloria con su escudo, su jabalina y su cuchillo transformados en armas de oro."

"El asceta quiso gritar, pero el arco de color se volvió hacia el oriente y se borró en el cielo llevando con él al neófito beatificado".

"En testimonio de este milagro, surgió una fuente en el lugar mismo en que había estado el Ilmorma, y por encima se levantó el árbol que la protege".

"A la vista de estos prodigios, el viejo monje fue presa de furor y blasfemó contra Dios que había glorificado a un hombre común, a un pagano que le había implorado solamente durante nueve días. "Quisiera ser joven como él, —decía— e iría a las ciudades y complacería mis sentidos gozando de todo aquello que desdeñé hasta hoy." Abandonó su monasterio, volvió al mundo y malgastó los bienes que había amasado durante tantos años. Más tarde se arrepintió y antes de morir, —agregó el campesino— pudo contar los detalles de esta maravillosa historia."

Entre las numerosas fábulas y alegorías que alimentan la imaginación de los niños y la parte menos inteligente de la nación, se encuentra la siguiente, que recuerda algunos de nuestros antiguos relatos populares.

Hace algunos siglos, un gigante llamado Belai-sow ("que come a los hombres"), sin ninguna creencia, acechaba a los viajeros, los mataba y se alimentaba de su carne. Negro, como las manchas del leopardo, estaba armado de una maza pesada como un hombre, de un arco grande y un carcaj lleno de flechas largas y gruesas como árboles jóvenes. Una vez, cuando estaba a punto de exterminar una caravana, vio a dos mujeres llorando sobre los cadáveres de sus maridos. Una, de tez clara

y dorada y la otra, oscura y aterciopelada como las uvas maduras, con grandes ojos brillantes como estrellas. Las llevó a su caverna y las hizo sus mujeres.

Un día, como de costumbre, estaba al acecho de alguna presa humana, y vio una persona que avanzaba deslumbrada por un sol brillante hacia su emboscada, pero al reconocer en ella a un monje leproso, la desdendió. Este leproso lo saludó y al ver una cantimplora al lado de sus armas, le pidió de beber, y como el gigante rehusara: "Hay un poder, —le dijo— en nombre del cual no podrás negármelo."

—“No temo a nadie. Yo, Belai-sow, he comido a guerreros, magos y encantadores de toda clase y quisiera conocer a alguien más fuerte que yo; veamos un poco tu talismán.”

—“Y bien, comedor de hombres, —dijo el monje— en nombre de Nuestra Señora del Perdón, de María, la Santa Virgen, dame un trago de agua para poder humedecer mi garganta.”

—“Repite tu súplica, —dijo Belai-sow— y te lo concederé por la dulzura del nombre que la acompaña.”

Luego, levantó la cantimplora pero al ver que las manos del peregrino estaban roídas por la lepra y que le faltaban varios dedos:

—“¿Quieres beber ayudado de semejantes muñones?” dijo él, dejando caer solamente algunas gotas de agua sobre la palma agrietada que se le tendía. El leproso retomó su camino, alabándolo, aunque no había hecho nada más que humedecer apenas sus labios.

Muy pronto sobrevino un batallón de caballeros reales, alertas, vigorosos, y enjæzados para la guerra. Belai-sow no se atrevió a atacarlos. Ellos se alejaron. Enseguida, apareció una joven llevando un niño; le disparó una flecha pero, por voluntad de Dios, por primera vez en su vida, le falló el tiro. La mujer dio alaridos, los hombres armados volvieron y persiguieron al gigante que después de un gran combate fue vencido y muerto.

Cuando su alma se presentó ante Dios:

—“¡Ah, he aquí al azote!” dijo el portero celestial, “¿Dónde está ahora tu fuerza?”

El ángel de la balanza puso en uno de los platillos las armas del gigante, y de la sangre que las empapaba, se levantaron las víctimas que lo llenaron. Para poner en el otro, no se encontró sino la gota de agua concedida en nombre de Nuestra Señora del Perdón al monje leproso, pero la Madre del Salvador hizo que la sombra de su parasol se proyectara sobre el platillo que resultó el más pesado de los dos. Dios sonrió ante la estratagema, y envió a Belai-sow al purgatorio para que ganara su perdón.

Historias parecidas, lo repito, no son tomadas en cuenta sino por los niños y algunos espíritus primitivos y simples; la mayoría sólo ve en ellas, alegorías. Dios concede como refugio a los pueblos desheredados del bienestar material, el dominio consolador de la imaginación, los bienes que los atan a la tierra, menos numerosos y más inseguros que los nuestros, los sumen en una continua fluctuación llena de peripecias, de emociones y de encanto. Los etíopes son dóciles, obedientes y fácilmente se entregan a la imitación; de naturaleza excitable, vanidosa, nervio-

sa y femenina por su delicadeza, son vulnerables y fáciles de llevar al mal, aptos para cumplir con sencillez más allá del deber y prontos al heroísmo. Exigen la forma más que el fondo y la apariencia del beneficio más que el beneficio mismo. Tienen la cortesía de una civilización antigua mezclada con la energía y la fácil abnegación de la vida bárbara. Su sentimiento religioso es profundo, lleno de ternura y de infinito. Todas las voces de este pueblo se elevan hacia Dios; sus acciones domésticas y privadas están santificadas por la piedad, y en cuanto a los acontecimientos públicos, sostienen que es inútil, la mayor parte de las veces, dirigirse a los hombres porque, según ellos, no hay ninguno cuya voluntad baste para dominar los acontecimientos. Sus iglesias, aunque de dimensiones restringidas, están llenas de misterio y son semejantes a los tabernáculos hebreos. A pesar de su natural ligereza, su cristianismo es fecundo en lágrimas y en tristezas, y la muerte les preocupa aún hasta en sus festines. Lo sobrenatural les atrae. Pueden ser, a veces, serios, ingenuos, risueños, sutiles, espirituales y melancólicos como las ruinas. En ellos, la conciencia privada está relajada, la conciencia pública es a menudo severa porque todavía conserva el diapasón de su antigua religión. Sus principios son buenos, sus costumbres malvadas, pero el espíritu cristiano planea por encima de todos estos desórdenes.

Cualquiera sea la anarquía de la Iglesia, su acción social, personificada en sus monjes y ascetas, es sin duda, la más considerable. El orden espiritual y temporal se complementan, y todos los derechos del hombre están sujetos a la contestación y a la violencia; los derechos de Dios, aún sin observarlos, nadie los cuestiona.

Los etíopes caen con frecuencia en supersticiones: por lo demás, éstas, que son o fragmentos de creencias cuyas razones originales se han perdido, o suposiciones o impulsos de la imaginación que franquea los límites de lo que la razón no ha podido aclarar, se encuentran, me animo a decir, en todos los pueblos.

Tradujo: M. Luisa Luna
Buenos Aires